

El socialismo en la era del imperialismo

Introducción

EN UN pasado no muy remoto, millones de personas en el mundo entero que intentaban escapar de la tiranía y la explotación del imperialismo, buscaron la respuesta en la construcción de una sociedad socialista. En la actualidad, proponer una alternativa socialista surgieren más preguntas que respuestas. Estas preguntas pueden agruparse en varias categorías: las más generales contraponen la adversidad de las nuevas condiciones –“históricas mundiales”– políticas, económicas y culturales con la emergencia de luchas y movimientos revolucionarios; un segundo conjunto, mientras que acepta las características estructurales negativas de un mundo dominado por el imperialismo, se pregunta si en el nivel micro puede desarrollarse una subjetividad socialista; un tercer conjunto tiene que ver con si es viable una estrategia para una revolución socialista o si puede desarrollarse en medio de un océano de adversarios imperiales o en el contexto de un mercado capitalista mundial.

Éstas son preguntas importantes que deben abordar quienes planteen una alternativa socialista al poder imperial reinante. Además requieren respuestas precisas. Simplemente, tener la visión de una alternativa “utópica” o evocar un sueño socialista no nos llevará muy lejos y es poco probable que convenga a alguien, excepto a quienes ya están entre los iniciados. Más importante aún, las utopías concebidas individualmente, por lo general son cocinadas por intelectuales divorciados de la lucha popular, y sus ideas están tan desconectadas de las experiencias y necesidades de las clases populares como lo están sus vidas cotidianas. Antes de embarcarnos en una discusión acerca de la posibilidad histórica de una transformación socialista, es útil especificar las preguntas más desafiantes planteadas por los escépticos y los adversarios de la alternativa socialista.

El primer conjunto de preguntas enfatiza las nuevas limitaciones estructurales. ¿Es posible el socialismo en la era del imperialismo? ¿Puede ser desafiado el poder de las gigantes corporaciones globales dentro de un país

particular o se requiere una acción concertada entre países? ¿Pueden las formas alternativas de comunicación, con una perspectiva de clase trabajadora, contrarrestar el poder ideológico de los medios masivos, de propiedad euroamericana, y la invasión de su propaganda sobre los pobres urbanos y rurales? ¿Puede crearse una nueva subjetividad revolucionaria? ¿Cuáles son las lecciones históricas de periodos previos a la expansión imperial en relación con la revolución?

Un segundo conjunto de preguntas tiene que ver con los problemas de la subjetividad, la ausencia de un referente socialista o revolucionario. Las preguntas relevantes a este cuestionamiento sobre las posibilidades revolucionarias incluyen las siguientes. Las décadas recientes han demostrado que el incremento de la pobreza masiva y las desigualdades sociales en la distribución de los recursos no han conducido a la revolución. ¿Podría ser que la movilidad individual, y dentro de la clase baja, las relaciones de reciprocidad hayan creado formas alternativas de comportamiento y organización compatibles con el imperialismo?

¿Puede el socialismo ser reconstruido sobre la base de experiencias novedosas, nacionales (o internacionales) a la luz del colapso de la URSS y la conversión de la elite china al capitalismo? ¿Es el Estado un anacronismo trascendido por los actores globales comprometidos con el sistema imperialista?

El tercer conjunto de preguntas no niega la existencia de la oposición al imperialismo o muchas de sus manifestaciones negativas, pero se pregunta si los revolucionarios y los socialistas tienen una estrategia alternativa consecuente. El asunto es si existe una estrategia socialista coherente que pueda revertir las configuraciones imperiales actualmente vigentes del poder socioeconómico y político. ¿Es reversible en el pensamiento y en la práctica la contrarrevolución neoconservadora y su programa neoliberal de reformas, y reversible sin traumas y sin crisis? ¿Pueden las instituciones socialistas construirse y ser viables en un océano de relaciones capitalistas? ¿Son compatibles los valores socialistas con la operación del mercado mundial o incluso los mercados locales? ¿Puede una sociedad socialista organizar las condiciones para su seguridad nacional y planeación económica sin sucumbir a lo que Michels concibió como la “ley de hierro de la oligarquía” o las tentaciones y problemas del gobierno burocrático, es decir, un Estado sobreburocratizado?

Éstas son preguntas académicas y políticas importantes relacionadas con temas fundamentales que confrontan una propuesta de la alternativa socialista con el imperialismo contemporáneo. Aun así, hay respuestas, algunas más tentativas que otras, y a pesar de todo el escepticismo, las dudas y

las críticas que prevalecen, se trata de respuestas que sugieren una base sólida en la lucha por el socialismo como una posibilidad objetiva y subjetiva.

Condiciones objetivas para el socialismo

Una de las objeciones más fuertes al socialismo se relaciona con el alto grado de integración de los procesos económicos: el mayor desarrollo de la división social del trabajo. Hoy en día, se nos dice, más gente que nunca está atrapada en los procesos de cooperación e intercambio, involucrados en la producción y distribución de todo tipo de mercancía en un sistema que es global en alcance y en escala de operación. Dicho de otro modo, se argumenta que la globalización –o en otros términos, el imperialismo– ha roto las limitaciones nacionales y sectoriales en la circulación de mercancías y capital, creando así un mercado interdependiente y una unidad productiva. En cierto sentido, esto es parcialmente verdadero, pero en otro es abiertamente falso. La profundización de la producción socializada, un proceso en el que muchas unidades económicas localizadas en una multiplicidad de sedes cooperan para producir a escala mundial, es un hecho histórico en el mundo contemporáneo. Pero es incorrecto presentar esto como una forma cooperativa de producción basada en un mayor grado de dependencia o dependencia mutua. Esto es porque tal cooperación para la producción de mercancías está coordinada por una clase específica de individuos, con derechos de propiedad sobre los medios sociales de producción, que controla las decisiones estratégicas de inversión y la apropiación de las ganancias. Los propietarios privados, y quienes controlan la producción social, no son interdependientes respecto a sus trabajadores y empleados: ellos establecen las condiciones de trabajo y los niveles de remuneración, y se apropian de una parte desproporcionada del producto social, distribuyendo el ingreso que les corresponde de manera altamente desigual. El mecanismo de un libre mercado competitivo, y las relaciones de reciprocidad e interdependencia, no distribuyen el poder, la riqueza, el ingreso y otros recursos de manera justa, o incluso eficiente, y ciertamente no lo hacen de manera equitativa. Por el contrario, tales recursos, y todas las modalidades del producto social, son distribuidos de una manera altamente asimétrica con base en un sistema definido por las relaciones de propiedad de los medios de producción, del poder, de la jerarquía y de la explotación.

En este contexto, el imperialismo ha echado a andar dos procesos distintos y opuestos: un alto grado de cooperación social entre productores como medio de incrementar la eficiencia, y la apropiación y concentración privada

de la riqueza que se produce. Esta contradicción, una creciente polarización entre la cooperación para la producción y la apropiación privada de las mercancías producidas colectivamente, es fundamental en el proceso de transformación socialista. En cualquier caso, en el mayor desarrollo de la división social del trabajo, o de la cooperación productiva, se encuentra un incremento en la eficiencia, una mayor innovación tecnológica y una productividad creciente. La principal función y propósito colectivo de los propietarios privados de los medios de producción social y de los directores de las corporaciones es la apropiación de esta riqueza. La creciente concentración de la riqueza –la emergencia de una clase billonaria de superricos– está basada en el mayor número de trabajadores subsumidos bajo el sistema de producción social: el socialismo es así objetivamente situado dentro de la producción colectiva y la lucha está basada en la extensión de la producción social en dirección de la propiedad social de los medios y del resultado de la producción social.

La idea de la cooperación social es una parte integral del proceso de producción global, pero es mediada, defendida y racionalizada por la clase capitalista dominante que está en posición de apropiarse de la parte del león del producto social, en una forma u otra. El secreto de la acumulación de capital no está en el genio del empresariado individual sino en el gran ejército de trabajadores, investigadores y empleados que añaden valor al producto social y, en términos adecuadamente definidos por Karl Marx, producen la plusvalía que mueve al sistema. El trabajo colectivo puede existir y prosperar sin un empresario individual, incluyendo a Bill Gates, pero el capitalista billonario no puede acumular riqueza sin el trabajo cooperativo.

Sin embargo, aunque el develamiento de la naturaleza social de la riqueza contemporánea y de las relaciones de explotación –la forma contemporánea de conciencia de clase– nos proporcione un sólido punto de partida para la lucha en favor de la propiedad colectiva, ello no nos conducirá por sí mismo al socialismo. Lo que se requiere es una comprensión, una organización y una lucha profundas por parte de los productores directos, para resolver esta contradicción. De tal forma, el argumento de que la nueva ola de la expansión imperial y la extensión de las relaciones de mercado, a lo ancho del mundo, ha excluido la transformación socialista, puede ponerse de cabeza: el proceso mismo de incorporación de más trabajadores, de más países, en la división social del trabajo crea una base objetiva para la acción colectiva en dirección del socialismo, esto es, la socialización de los medios sociales de producción y un sistema que dé a los trabajadores el control de sus lugares y sedes de trabajo, de las comunidades sobre sus asentamientos y del pueblo sobre el Estado.

Una segunda base objetiva para la construcción del socialismo es la creciente naturaleza centralizada de la toma de decisiones políticas. En la actualidad, más que en cualquier otro momento en el pasado, un pequeño grupo de funcionarios no electos tiene más voz y poder sobre una inmensa cantidad de personas en el planeta. Los funcionarios de los bancos centrales y de los ministerios económicos y financieros del imperio euroamericano, empleados en el FMI, en el Banco Mundial, el Banco Asiático, el Banco Interamericano de Desarrollo e IFI, toman las decisiones y emprenden acciones que afectan de manera adversa a miles de millones de personas. Estos diseñadores de la política económica, que constituyen una elite que no es elegida popularmente, representan y responden de manera directa a los intereses de sus billonarios multinacionales y bancarios, una emergente clase capitalista internacional. Hasta cierto grado, esta elite de ejecutivos se ha apoderado de los poderes políticos que ostensiblemente corresponden a los funcionarios electos de los estados no hegemónicos. En otras palabras, el electorado mundial vota para seleccionar a funcionarios que están subordinados a elites económicas no electas, quienes sirven a las instituciones e intereses imperiales. La apariencia institucional de la democracia liberal es puesta en práctica en todas partes, pero el electorado popular es en efecto despojado de su derecho al voto: las decisiones estratégicas se toman en sedes centralizadas por funcionarios no electos que gobiernan por decreto y sin la representación, la deliberación o la consulta populares. Por tanto, en la medida que más personas están sujetas al gobierno de una elite centralizada, tienen cada vez menos control sobre las condiciones económicas y sociales de sus vidas.

El divorcio entre la política electoral y el dominio de la elite, entre los beneficios crecientes para la elite y las condiciones económicas y sociales en deterioro para la mayoría, establece la base objetiva para las luchas populares y abre enormes oportunidades para que las fuerzas revolucionarias desafíen la afirmación de que el capitalismo y la democracia son coexistentes. La centralización de la toma de decisiones y el poder efectivo proporcionan una base objetiva y el material para sostener el argumento de que la democracia real sólo puede lograrse, o recuperarse, bajo el socialismo.

La expansión imperialista y la revolución socialista en perspectiva histórica

Si las contradicciones del sistema imperialista proveen una base objetiva sólida para lograr conciencia acerca de la necesidad y de la posibilidad de construir una alternativa socialista, la experiencia histórica previa nos da

otra base. El imperialismo es el resultado del funcionamiento interno del capitalismo, combinado con las oportunidades externas, las cuales son en parte artefactos de los diseñadores imperiales de políticas. Tanto en el pasado como en el presente, la expansión y conquista de los mercados extranjeros y las fuentes de los ingresos del Estado han desarmado y reconfigurado las relaciones de clase y las configuraciones del Estado de manera que se maximizan los intereses económicos imperiales y las posiciones político-militares estratégicas.

Dentro del contexto de un sistema imperialista, el proceso de desarrollo capitalista ha separado a escala creciente a los productores directos de sus medios de producción, y ello ha tenido como consecuencia relaciones explotadoras de trabajo y condiciones de opresión para un proletariado rápidamente creciente y étnicamente mezclado. Los conflictos dentro de las clases y entre ellas, que se generan por estas condiciones, son aprovechados por las clases dominantes, o sirven para distraer tanto la atención como las formas emergentes de lucha para alejarlas de los temas de la desigualdad de clase, del poder y de la depredación de la vida cotidiana. Los gobernantes políticos imperiales en este sistema responden sólo ante sus propias clases, provocando así conflictos con un abanico de clases y grupos, desde las elites preimperiales hasta los intelectuales y los trabajadores asalariados. Estos conflictos inducidos desde varios frentes han conducido a innumerables revueltas y, en algunas instancias, a la revolución socialista triunfante, en particular durante periodos de guerras interimperiales en las que las clases dominantes locales y las elites gobernantes se han debilitado y desacreditado.

El punto relevante de estos procesos es claro: los sistemas imperiales, a gran escala y a largo plazo, no han inhibido las luchas revolucionarias ni han evitado la revolución socialista.

Hasta el momento, las revoluciones o los experimentos socialistas han sido producto de guerras llevadas a cabo por trabajadores y plebeyos dentro de los países imperiales, al igual que por pueblos colonizados o casi colonizados. Piénsese en la famosa Comuna de París. Fue una criatura de la guerra franco-germana de 1870-1871, entre países imperiales, tempranos y tardíos. La victoria militar alemana y la conquista de la mayor parte de Francia desataron un poderoso levantamiento popular en París y tuvieron como producto la Comuna. Mientras que la Comuna de París duró sólo unos cuantos meses, su organización, legislación e incluso sus errores, sirvieron como modelo práctico para la teorización revolucionaria de Marx y Lenin. La primera guerra interimperialista (1914-1918) –con sus millones de muertos, desplazamiento poblacional, hambre y destrucción– desató levantamientos populares masivos,

protestas y revoluciones populares. La guerra, la búsqueda de la conquista imperial por medios militares, destruyó los lazos convencionales entre los líderes burgueses y los seguidores plebeyos, y minó el control de los terratenientes sobre los campesinos sometidos. Se suscitaron revoluciones socialistas en Hungría, Bavaria, Finlandia y Rusia. Los soldados y trabajadores se levantaron en Berlín y en la flota báltica. El poderoso sistema europeo, que dominaba a cinco continentes, se sostuvo por una masiva fuerza armada y por crecientes riquezas que actuaban como bastión del poder capitalista, produjo levantamientos masivos de trabajadores y campesinos, así como una triunfante revolución socialista en Rusia.

En el periodo de entreguerras hubo una reinsurgencia del imperialismo, en particular en los países imperiales emergentes como Alemania y Japón, que desafiaron a los países europeos establecidos y a Estados Unidos, en sus esferas o regiones de influencia y poder hegemónico. Los subsecuentes conflictos y conquistas desataron una nueva y poderosa ola de movimientos populares antiimperialistas en países diezmados por la guerra y sobreexplotados, en particular entre los millones de campesinos desplazados en China, Indochina y Corea del Norte. Guerras que comenzaron con un carácter antiimperialista se convirtieron en guerras civiles, donde las fuerzas socialistas triunfaron eventualmente. En Europa, se desarrolló un proceso similar en Yugoslavia; mientras que en una importante cantidad de países la lucha anticolonial se dividió entre regímenes que consolidaron una relación neocolonial y aquellos que buscaron crear un Estado mixto nacional-populista y no alineado.

Aquí es necesario enfatizar dos puntos. En primer lugar, fue precisamente el nuevo imperialismo virulento, cuyas poderosas máquinas militares y sus estructuras estatales totalitarias, el que desencadenó las revueltas populares que minaron la dominación imperial. En segundo lugar, el viejo poder imperial europeo y el nuevo poder imperial de Estados Unidos no fueron capaces de restaurar la hegemonía imperial en varios países importantes (China, la mitad de Corea e Indochina). La cuestión es que —a pesar del mayor poder de su armamento y sus ejércitos, y el rango y profundidad de su alcance económico— esta segunda ola de imperialismo no pudo evitar que las revoluciones socialistas transformaran con éxito a la sociedad. Es importante hacer notar, en este renglón, que las revoluciones tuvieron éxito a pesar de, y no debido a, la ayuda del régimen “socialista” existente en la URSS. Igualmente, un mar de relaciones capitalistas no pudo evitar la revolución social.

El periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial fue testigo del surgimiento del imperialismo estadounidense a escala mundial, con una red

mundial de bases y alianzas militares, el mayor presupuesto militar y la tecnología más avanzada, con empresas gigantes altamente capitalizadas que estaban dirigidas a comprometerse en un proceso de expansión mundial para conquistar los mercados extranjeros (es decir, el surgimiento de las llamadas corporaciones multinacionales). Mientras que el nuevo imperio estadounidense fue capaz de reprimir y derrotar levantamientos revolucionarios populares, a lo largo del mundo, fue en cambio derrotado en dos conflictos importantes (China y Cuba); llevado a un empate en un tercero (Corea); y derrotado temporalmente en varios más (Nicaragua, Angola, Mozambique, Chile, Granada, República Dominicana). Las revoluciones exitosas ocurrieron precisamente en los países en los que la presencia imperial estadounidense era más dominante: Indochina, con 500,000 efectivos estadounidenses y cientos de miles de millones en inversiones estatales en infraestructura militar. Cuba era el país con la mayor concentración de propiedades estadounidenses y una importante base naval (Guantánamo). Estados Unidos proporcionó, por ejemplo, más ayuda y asesoría militares durante la guerra civil china que a cualquier otro país, de mediados a finales de los años cuarenta. Igualmente, Estados Unidos envió cientos de miles de efectivos, y miles de millones de dólares en ayuda para conquistar las penínsulas coreanas; pero tuvo que conformarse con un compromiso de dividir el país. Lo cierto aquí es que la creciente presencia militar y económica del imperio estadounidense fue un factor condicionante que precipitó una revolución socialista exitosa, y no solamente un poderoso factor inhibitorio.

Con respecto a la relación entre la revolución socialista y la ausencia o presencia del bloque soviético, debe hacerse notar que todas las revoluciones del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial ocurrieron a pesar de la oposición del Kremlin: Yugoslavia, China, Cuba e Indochina. Mientras que los soviéticos proporcionaron ayuda importante, una vez que se habían consumado las revoluciones, la caída de la URSS no condujo al colapso de la revolución en Cuba, aun cuando forzó a Cuba a ajustar sus políticas hacia el capital extranjero y a buscar nuevos socios comerciales. El inicio y el éxito de todas las revoluciones socialistas del siglo xx tuvieron poco que ver con la presencia del bloque soviético, y más con el desarrollo de la lucha de clase y antiimperialista en el país aunada a la solidaridad internacional. Esto sugiere que la ausencia de la URSS, en el mar del capitalismo, no es un nuevo impedimento histórico sino un factor constante a lo largo del siglo xx.

El resurgimiento de las luchas populares de masas bajo el liderazgo socialista, o al menos el liderazgo antineoliberal y antiimperialista, a lo largo del mundo, a principios del nuevo milenio, debería poner fin a la noción

de que el triunfo del imperialismo euroamericano es irreversible e incuestionable. En América Latina, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Movimiento los Sin Tierra de Brasil (MST), la breve toma del poder por una alianza de indígenas, campesinos y oficiales menores en Ecuador, son puntos para resaltar como parte de la reinsurgencia de una izquierda antiimperialista, enraizada o conectada con una nueva ola de movimientos populares emergentes. En Asia han surgido movimientos populares masivos similares basados en los sindicatos industriales (Corea del Sur), y organizaciones urbanas y campesinas de masas en Indonesia, Filipinas y Nepal, por nombrar algunos.

Aquí, lo importante consiste en que las grandes generalizaciones acerca del triunfo universal del capitalismo y el imperialismo, al inicio de la caída de la URSS, según es anunciado por sus defensores, y según encuentra eco en los sectores desmoralizados de la *intelligentsia* de izquierda, no tiene base empírica. Esta postura ideológica triunfalista sólo puede sostenerse por la mediocridad de sus defensores, y, en la izquierda, por el deseo de encontrar un nicho dentro del imperio.

Si efectivamente el imperialismo euroamericano fuera tan exitoso como afirman sus simpatizantes y los desmoralizados ex miembros de izquierda, no habría necesidad de que el imperio recurriera constantemente a políticas violentas y contrarrevolucionarias, y a agrandar y profundizar su capacidad militar para la intervención. Si la revolución ha terminado, o, cuando menos el imperio ha logrado una victoria histórica decisiva, como ha afirmado un escritor de izquierda, ¿para qué la necesidad de armar constantemente a la OTAN, comprometerse en guerras ofensivas en los Balcanes, el Golfo, el Cuerno de África? ¿Por qué la OTAN está reclutando nuevos clientes y miembros e incrementando los presupuestos militares y nuevos sistemas de armamento? ¿Por qué Estados Unidos incrementa cinco veces su ayuda militar en Colombia y multiplica el número de bases militares, y oficinas del FBI, en más de 30 países? Ninguno de estos movimientos militares ofensivos está dirigido en contra de un ataque por parte de un Estado particular. El argumento más verosímil, se basa en el bastante frágil equilibrio sociopolítico que existe entre las fuerzas en favor y en contra del imperialismo en el mundo, entre un imperio todavía poderoso y un movimiento antiimperialista con una clara y creciente corriente anticapitalista.

Las condiciones subjetivas de la revolución popular

Existe actualmente una distancia significativa entre las condiciones objetivas para la revolución socialista y el nivel o forma de conciencia lograda por

las clases de los pueblos explotados, oprimidos y marginados. Sin embargo, esta distancia necesariamente constituirá una base social para el cambio revolucionario. Las condiciones objetivas para tal cambio están siendo generadas por el propio sistema imperialista en su desarrollo capitalista. Sobre esto cabe poca duda, aunque hay mucha especulación en cuanto a la coyuntura precisa o crítica de una situación revolucionaria. El problema parece más subjetivo, la formación o creación de una conciencia revolucionaria.

En este renglón, un desarrollo y una profundización generales de la conciencia revolucionaria pueden ocurrir tanto después de un levantamiento revolucionario como antes de él. En última instancia, la subjetividad revolucionaria no es un mero reflejo de la explotación económica rapaz de los imperios en expansión. Es un vínculo esencial entre una aprehensión de las condiciones objetivas en funcionamiento, por un lado, y la comprensión y la transformación de estas condiciones en un programa político y una acción revolucionaria por el otro. Las condiciones objetivas son necesarias, pero insuficientes para crear una clase social revolucionaria. El proceso de desarrollo capitalista y de expansión imperial desplaza o subordina a muchos productores pequeños, convierte a los campesinos en trabajadores sin tierra, conduce a la “multiplicación del proletariado”, expulsa a los trabajadores asalariados del proceso de producción para convertir a algunos en una población redundante crónicamente desempleada, y a otros en pobres urbanos con autoempleo informal. Además, buena parte de la burguesía pequeña y mediana es llevada a la bancarrota. En muchos países subdesarrollados ésta se suma a las filas crecientes de los trabajadores pobres.

Empero, la respuesta ideológica o política de estas clases crecientemente afectadas no puede determinarse por la referencia a sus situaciones objetivas. Un determinante de esta respuesta puede encontrarse en la disponibilidad y capacidad organizacionales, y en el liderazgo de los grupos ideológicos en competencia que interpelan a los oprimidos y explotados, y que buscan movilizar su descontento en fuerzas de resistencia y oposición hacia la revolución.

En las actuales circunstancias, hay varias formas organizadas y expresiones políticas de esta movilización. La respuesta más conservadora a la expansión imperial tiene expresión en los grupos étnicos subordinados del poder euroamericano que promueven la apropiación y la explotación imperiales desde arriba, y la expropiación étnica de otros grupos étnicos desde abajo (*i.e.* a través de las guerras étnicas de liberación que legitiman el robo de la propiedad y los asesinatos públicos).

Una segunda respuesta implica un tipo de “nacionalismo clerical” en el que las elites tradicionales previas desafían el dominio imperial para restaurar

el poder y las prerrogativas de algunas elites religiosas y, en algunos casos, comerciales o terratenientes. En ciertos contextos, en ausencia de una izquierda secular, los antiimperialistas religiosos ofrecen alternativas a la moralidad occidental decadente en vez de un desafío sostenido al poder económico euroamericano. Es frecuente que surja una división del poder político, cultural y económico, en donde la autoridad religiosa controle las instituciones culturales y políticas mientras que los agentes del libre mercado controlan la economía.

Una tercera respuesta a la dominación imperialista tiende a surgir entre los sectores de la pequeña burguesía, afectados de manera adversa por el libre comercio, las políticas que debilitan la manufactura local, los pagos de la deuda que reducen el crédito y aumentan las tasas de interés y las inversiones especulativas que generan volatilidad económica y provocan las quiebras. Esta respuesta tipifica también a grupos de profesionistas progresistas, líderes de las ONG y otros interesados en buscar un acuerdo con el poder imperial –para lograr el mejor trato posible para sí mismos, la única “opción práctica”. Estos grupos pueden encontrarse en los corredores del poder imperial, en busca de un lugar para hacerse notar, o de una oportunidad para el diálogo. Luchan por el reconocimiento o por un lugar en la sala de juntas del FMI, el Banco Mundial o la OMC. Defienden alguna regulación de los flujos de capital, mayor acceso a los mercados occidentales y se oponen a los parámetros laborales dictados por Occidente. En el actual contexto imperialista, su demanda más radical ha sido el impuesto Tobin (un impuesto en las transacciones financieras a corto plazo).

Los movimientos antiimperialistas y antisistémicos más consecuentes pueden encontrarse en las crecientes alianzas populares formadas entre los trabajadores rurales sin tierra, los pequeños agricultores y los productores rurales, al igual que los trabajadores urbanos. Ellos forman el movimiento antiimperialista moderno que vincula la reforma radical con el socialismo.

La multiplicidad de respuestas al imperialismo euroamericano demuestra tanto la amplitud de la oposición como su carácter fragmentario. Las variadas respuestas reflejan sólo parcialmente las posiciones de clase; igual que la mayoría de las respuestas mencionadas, contiene una variedad de organizaciones de base, incluso cuando sus líderes provienen de un medio social particular. Es claro que las mismas condiciones o causas (la explotación imperialista) generan una variedad de respuestas políticas o de agencia política. Evidentemente, los políticos no son producto de procesos económicos; son creados en un campo de luchas culturales, ideológicas y políticas. Las agencias políticas que tienen más probabilidades de tener éxito son aquellas cuyas organiza-

ciones resuenan con la experiencia cotidiana, proporcionan una justificación general –no importa cuán tendenciosa o irracional–, parecen resolver los problemas cotidianos –sin importar cuán depredadores sean–, y crear una imagen positiva de una víctima triunfante. En breve, el problema hoy no es objetivo: son transparentes las grandes desigualdades mundiales y las transferencias de riqueza del mundo recolonizado al imperio euroamericano. El mundo capitalista está, en gran parte y cada vez más, polarizado; los campesinos y los trabajadores son explotados como nunca antes; crece la cantidad de los depauperados; y sobre todo, dirigiendo el proceso, se encuentra un imperialismo euroamericano omnipresente, arrogante e invasor, un imperio con increíbles recursos pero pocas gracias o virtudes salvadoras.

El problema, como se indicó, es más subjetivo que objetivo, y la debilidad específica se encuentra en la oposición o en los críticos del imperialismo. Pocos de estos críticos reconocen los imperativos sistémicos, políticos y económicos, que definen al sistema como un todo, influidos como están por los marcos teóricos y conceptuales de sus adversarios, como se hace evidente en la adopción del lenguaje del imperio (globalización, reforma económica, ajuste estructural, etcétera).

A pesar de que las ONG se sitúan correctamente en la crítica de la OMC, el FMI, el Banco Mundial y los problemas del capital especulativo, la pobreza, etcétera, no tienen una base organizada entre los trabajadores y los campesinos, es decir, los productores directos de la riqueza mundial. Al no tener un vínculo orgánico con estas clases, o con su situación, generalmente actúan sin un análisis de clase sobre los problemas enfrentados por las mayorías y son por ello incapaces de ofrecer soluciones efectivas que se concreten en cambio social sustantivo.

Muchos intelectuales, incluyendo a “pensadores” críticos, han adoptado una visión pesimista del mundo, exagerando el poder del imperio y la reputación de sus apologistas, mientras devalúan a la izquierda (y a aquellos que tienen la osadía de comprometerse en la lucha antiimperialista), por no entender suficientemente la profundidad de su derrota y adaptarse a las nuevas realidades, es decir, encontrar un nicho realista en el sistema donde puedan rozarse con la “nueva derecha” –socialdemócratas convertidos en socialimperialistas. A falta de una visión del mundo, este género de intelectuales hace uso del paradigma dominante, aporta una dosis de crítica abstracta, rastrea su ascendencia y proyecta su continuación en el futuro, en tanto expone sus excesos y ofrece paliativos no solicitados, a la usual manera realista y servil, a los poderes vigentes.

En el campo de las organizaciones de masa, los sindicatos tradicionales, con algunas excepciones notables, se han adaptado a las exigencias de las políticas neoliberales y a las demandas de los conglomerados económicos. Los principales funcionarios sindicales han adoptado una posición frente al Estado similar a la relación entre monarcas y nobles: prometen fidelidad al orden neoliberal a cambio del control sobre su feudo (sindicato). No obstante, minorías significativas de los trabajadores de base, dentro y fuera de sus confederaciones laborales oficiales, se han comprometido en numerosas acciones militantes no autorizadas y con frecuencia se han unido con otros movimientos sociales de izquierda anticorporativos, en oposición masiva a la OMC, al Banco Mundial, al FMI y a sus extensiones en el extranjero.

Una minoría significativa de intelectuales y estudiosos ha elaborado también programas anticorporativos y de antiglobalización para aparearlos con, y para que inspiren, su política de acción directa. Debido a que los partidos históricos de izquierda (comunistas) y centro-izquierda se han movido hacia la adopción del neoliberalismo (con el ejemplo más claro en la “tercera vía” de Tony Blair), los nuevos grupos antiimperialistas, anticorporativos, han creado, sus propias redes internacionales, su propia organización política al estilo de los movimientos, y formas innovadoras de políticas de acción directa que incluyen las ocupaciones de tierra en Paraguay y Brasil, huelgas generales y levantamientos populares en Ecuador y Bolivia, ocupaciones de fábricas en Corea del Sur, plantones de desobediencia civil masiva en Londres, Seattle, Washington y Amsterdam y luchas guerrilleras a gran escala en Colombia. Los intelectuales están activos en los movimientos contra la deuda externa, en ONG progresistas opuestas a la globalización y en atacar los modelos económicos neoliberales.

La creciente ola de oposición extraparlamentaria al dominio imperial (mal etiquetado como globalización) ha introducido un nuevo factor en la ecuación política: un vínculo subjetivo entre las condiciones objetivas de explotación y una transformación social popular. Los nuevos movimientos, que miran hacia una nueva sociedad en sus políticas de un solo tema o de múltiples temas, necesitan confrontar varios desafíos importantes en la conformación de una nueva sociedad socialista. Brevemente, los enumeramos aquí, en forma sintética:

1. la división internacional del trabajo;
2. la dependencia de los mercados y el financiamiento externos;
3. los onerosos pagos de deuda;
4. la migración al extranjero (emigración de fuerza de trabajo calificada inducida por el imperio);
5. la dependencia de las clases alta y media de los bienes de consumo importados;

6. los aparatos existentes de partido y sindicato vinculados con el *statu quo*;
7. los medios masivos hostiles vinculados con las corporaciones que transmiten propaganda en favor del imperio;
8. los posibles embargos económicos y las amenazas militares;
9. la tiranía de la doctrina de la “inevitabilidad de la globalización”;
10. la fuga de capitales, y
11. las revueltas subordinadas de carácter mercenario, étnico o militar.

Para construir una nueva sociedad socialista, corresponde a quienes la inicien en la práctica, anticipar los posibles escenarios adversos con el objeto de preparar respuestas. En primera instancia, el socialismo debe verse como un cambio integral basado en transformaciones en las esferas económica, cultural y política, con fundamento en una comprensión de la dominación multidimensional del imperialismo. No es posible traslapar la transformación económica sobre un aparato estatal hostil, ni introducir cambios sociales bajo condiciones en las que los medios masivos exhorten a la demanda excesiva por parte de los consumidores, a la rebelión militar, etcétera.

Mientras reconocen los profundos desafíos que representa el imperialismo euroamericano para la transformación socialista, los socialistas poseen varias ventajas políticas estratégicas. En primer lugar, las tecnologías informáticas (TI) generan enormes posibilidades de recolectar información en mercados alternativos de recursos, conflictos competitivos entre poderes imperiales, recursos no utilizados dentro del país, al igual que para informarse y registrar las demandas populares. Las nuevas tecnologías pueden procesar y producir nuevos paradigmas alternativos y políticas basadas en las limitaciones y ventajas en el ámbito de la toma de decisiones políticas y económicas, que pueden ofrecer a un público más amplio el conocimiento de los costos y beneficios de las decisiones de políticas alternativas. Las TI no son un sustituto para el diseño democrático de políticas, sino una herramienta que capacita a la población para registrar sus deseos a través de una gran recopilación de datos que facilita decisiones óptimas. Una precondition esencial para la democracia con TI es un Estado nuevo, adecuadamente configurado. El Estado juega un papel central al proporcionar el terreno para la participación popular, el debate y la formulación de un programa transitorio que se mueve de una economía configurada por el neoimperialismo a una economía socialista.

Las nuevas configuraciones de Estado presuponen varias condiciones para su habilitación, esencialmente cambios estratégicos en la sociedad y en la economía. Primero y sobre todo, la principal base social del apoyo político debe transformarse de militantes pasivos a activos: la masa de los explotados, el pueblo excluido y desplazado, debe movilizarse y organizarse, y deben pro-

porcionársele los canales para la deliberación, la consulta y la toma efectiva de decisiones. Sobre todo debe configurarse una estrategia económica de tal modo que la base social del régimen sea la principal beneficiaria para demostrar que la revolución es por y para el pueblo, y no un subterfugio ideológico para los intelectuales en proceso de movilidad ascendente. A lo largo de estas líneas, el segundo cambio estratégico implica la reordenación de la producción, la inversión, los préstamos y las prioridades de mercado para estimular el empleo, el ingreso y la producción desde la base social de masas. Es esencial avanzar hacia la nueva economía y consolidar el apoyo político.

La necesidad de redistribuir el ingreso y la tierra, con el objeto de romper con el poder de los terratenientes y las corporaciones, y mejorar la producción de los trabajadores y los productores en pequeño, está interrelacionada con el cambio y la introducción de nuevas prioridades de producción. Finalmente, el Estado es central en la reordenación de las prioridades presupuestales en términos de impuestos y gastos: terminar con los subsidios corporativo-imperiales a la exportación e incrementar los gastos sociales para el acceso universal a la atención de la salud, la vivienda pública, la educación y el retiro. Para evitar una crisis fiscal, las tasas de impuestos deben ajustarse al ingreso, las ganancias y la tenencia de propiedades.

Estos cambios socioeconómicos son estratégicamente importantes para fortalecer la capacidad del Estado socialista democrático para confrontar los inevitables intentos subversivos de la oposición imperial-corporativa. Esa oposición se expresará en primera instancia como una crisis de confianza de los inversionistas; tácticas de escarmiento diseñadas para acobardar al régimen para que renuncie a sus políticas. Esto requiere que el Estado tome acciones resueltas, movimientos tácticos compatibles con sus metas estratégicas. En esencia, hay una línea de acción preventiva con tres derivaciones. Primero, las políticas económicas de choque, siguiendo el modelo del FMI, sólo que con los beneficiarios y los perdedores invertidos: congelamiento de las cuentas de banco, ganancias y otras propiedades, control de precios sobre los productos esenciales, congelamiento de todo el empleo. Esto ha de ser seguido por políticas de ajuste estructural desde abajo, a partir de las cuales las empresas en bancarota o con problemas económicos serían intervenidas, reestructuradas sus deudas, su administración reorganizada, introduciendo control sobre trabajadores y de empleados técnicos. Estas políticas serían parte de un paquete más extenso de reformas económicas que enfatizarían el ensanchamiento y la profundización del mercado interno, el cierre selectivo de la economía a los conglomerados monopólicos e impulsar el espíritu empresarial dentro de firmas privadas medianas y pequeñas, socializadas y cooperativas. Las reformas económicas combinarían un plan nacional formulado democrática-

mente con firmas autónomas descentralizadas de carácter público, cooperativo y privado, coordinadas por una asamblea legislativa nacional y el Ejecutivo.

Lo más probable es que estas políticas provoquen la oposición desde los centros proimperiales, lo cual conducirá a una crisis en la economía de transición. Esto, a su vez, requiere una estrategia de administración de crisis. Varias líneas de acción pueden seguirse simultáneamente. Primero, las políticas deben dirigirse a garantizar las necesidades básicas de la base social de masas. Segundo, las políticas de austeridad deben aplicarse a los ricos (externos y nacionales): una política de tomar como rehenes a las TNC con el objeto de negociar; debe plantearse la opción: cooperación o expropiación. Debe señalarse que la desinversión es una espada de dos filos; lastimar la economía popular es un acontecimiento de una sola vez: una vez que los inversionistas se van no hay marcha atrás. En tercer lugar, el régimen debe sustituir nuevos factores de producción para reemplazar la fuga de capitales. Esto requiere la movilización de recursos no utilizados (los desempleados y subempleados, las tierras de manos muertas, el transporte animal para las distancias cortas, la tecnología local, etcétera) para producir mercancías y extender y profundizar la economía interna y sostener las exportaciones. A través de las bases de datos de las TI, los diseñadores de políticas pueden aprovechar recursos no utilizados para que respondan a las necesidades básicas en las economías micro y macro.

Hacia una transición socialista

Hay dos falacias básicas con respecto a las transformaciones socialistas. Una se relaciona con la noción de “desvincular”, que está asociada con las ideas de “autosuficiencia” y de “construir el socialismo en un solo país”. La otra se relaciona con la idea más reciente del “socialismo de mercado”, la noción de que las fuerzas del mercado pueden crear la base material para el socialismo. Ambas concepciones contienen granos de verdad, pero en su lógica subyacente son muy dañinas para la construcción del socialismo.

Primero, la posibilidad de desarrollo de las fuerzas productivas socialistas, desvinculada de la producción mundial, con periodos costosos, ineficientes y prolongados de “acumulación”. En la mayoría de los casos, desvincular no sólo es impracticable, sin renunciar a productos esenciales que son básicos para el consumo y la producción. Sólo bajo duras condiciones de guerra, o en periodos de *boicots* y estados de sitio tiene sentido tratar de hacer virtud de la necesidad haciendo un llamado a la “autosuficiencia”, urgiendo al pueblo a sacrificarse y estimulando la idea de que, a pesar de un duro contexto exter-

no, una población revolucionaria puede producir y sobrevivir. Tal fue el caso cuando Estados Unidos y la URSS encerraron la China de Mao y restringieron sus relaciones de comercio exterior. Pero sería un error superlativo convertir circunstancias especiales en un “modelo” de desarrollo.

El segundo enfoque erróneo es la idea de Deng acerca de que las fuerzas del mercado, la propiedad privada, el libre comercio y la inversión extranjera, dirigidos por un partido comunista, pueden convertirse en las fuerzas que conduzcan hacia la construcción del socialismo. La ascendencia de las fuerzas del mercado ha transformado a la mano de obra china en un ejército global de reserva de trabajo barato, ha convertido a los cuadros medios y líderes del partido en empresarios que saquean al Estado en bien de la ganancia privada, destruyen el ambiente y producen desastres ecológicos. En pocas palabras, es el mercado el que dirige al partido y a sus líderes, y no al revés. La consecuencia es el peor escenario en el que las estructuras políticas autoritarias del comunismo se combinan con las brutales injusticias socioeconómicas del capitalismo y la degradación catastrófica del ambiente. Ése es el significado operativo del “socialismo de mercado”.

La construcción del socialismo debe abordarse de manera distinta. Primero que nada, la clase trabajadora con el tiempo ha generado un amplio cuerpo de conocimiento que constituye “conocimiento del mundo”. El régimen revolucionario debe vincularse con este conocimiento del mundo con el objeto de evitar las crueles y costosas etapas previas de desarrollo en las que este conocimiento se creó. En pocas palabras, la revolución debe vincularse con los centros mundiales del conocimiento como un paso necesario para incrementar la capacidad local de promover las fuerzas de producción y democratizar las relaciones de producción. Pero el vínculo externo debe tener lugar bajo condiciones que incrementen la capacidad interna para profundizar el mercado interno y servir a las necesidades populares.

En segundo lugar, los intercambios económicos, las “relaciones de mercado”, tanto externas como internas, sólo pueden tener una función progresista si están subordinadas a un régimen democrático basado en la representación popular directa en unidades territoriales y productivas. La democracia al estilo de la asamblea no es sólo una fuerte resistencia contra las distorsiones burocráticas, sino que sirve también como un mecanismo esencial de control sobre el contenido y la dirección de los intercambios de mercado.

La actual fragmentación y disolución de la producción es el resultado de la “naturaleza de enclave” de la estrategia de exportación, en donde unidades clave de producción, especializadas en mercancías específicas, sirven a las estrategias internacionales de las elites inversionistas extranjeras y nacionales.

La estrategia socialista se centra en la creación o reconstrucción de vínculos esenciales entre los sectores económicos internos. La economía socialista se asemeja a una parrilla más que al punto de confluencia de los rayos de una rueda que caracteriza a las economías de exportación dominadas por el imperio.

El actual paquete económico del extranjero, que combina la inversión extranjera, el control y la administración de la toma de decisiones con transferencias de tecnología (cuando ocurren), debe ser desagregado bajo el socialismo. La adquisición de tecnología sin los incómodos obstáculos de los dictados del extranjero, los extraordinarios sueldos de los directivos y la propiedad extranjera, es posible debido a la plétora de individuos tecnológicamente capacitados y las empresas que pueden ser contratadas y pagadas para la transferencia del conocimiento. Esta forma de “dependencia” es temporal y tiene menor posibilidad de perpetuarse: aprender desde lo prestado se convierte en la base de la adaptación a las necesidades locales y al desarrollo de capacidades innovadoras autónomas. La ruptura de la tiranía de la globalización requiere rechazar la propiedad y el control, y la adquisición selectiva de la acumulación de conocimiento y productos que producen un crecimiento dinámico. De ahí que las estructuras parasitarias y explotadoras de la globalización (imperialismo) necesiten diferenciarse de los componentes creativos y productivos.

Este proceso de rechazo y adquisición plantea uno de los desafíos más importantes para cualquier transición del capitalismo neoliberal al socialismo, específicamente administrando la contradicción inherente entre las relaciones socialistas internas y la participación externa en el mercado capitalista. Esto requiere no sólo un control democrático sobre los procesos económicos, sino, más fundamentalmente, la educación ideológica y cultural de la población trabajadora en los valores de solidaridad, cooperación e igualdad. Este proceso educativo y cultural sólo puede tener credibilidad si los valores articulados reflejan el comportamiento y las prácticas del liderazgo, y los cuadros medios. El gran problema del socialismo en la ex URSS fue la disociación entre las ideas expresadas por los líderes y sus prácticas, lo que condujo a la desilusión, el cinismo, la desconfianza y, todavía peor, a una atracción fatal hacia la propaganda globalista.

Un llamado fundamental en la construcción del bloque socialista de poder, para transformar la sociedad y una tarea primaria para asumir el poder, es la creación de vínculos socioeconómicos entre las necesidades internas y las “demandas latentes” y la reorganización del sistema productivo. La estrategia existente de exportación es el producto de desigualdades: la fuerza de

trabajo es vista como un costo, no como constituida por consumidores (demanda). Los salarios de hambre y el empobrecimiento de la mano de obra producen altas ganancias, particularmente en los sectores productivos orientados a los mercados extranjeros. La transformación socialista reconoce las enormes potencialidades del mercado interno basado en la propiedad, el ingreso, la educación y la salud equitativos. Reconoce el tremendo potencial en la utilización de la mano de obra no usada o subutilizada entre los empleados.

El giro hacia adentro es esencial, pero los vínculos externos con los mercados extranjeros y el conocimiento siguen constituyendo un factor clave para proporcionar ganancias y la técnica para complementar la revitalización interna de la economía. Lo que es crucial, sin embargo, es que los intercambios externos no sustituyan a la producción local y la creación de centros locales de generación de conocimiento técnico.

Es esencial para cualquier empresa socialista una profunda reforma agraria que incluya la redistribución de la tierra y la transferencia de la propiedad junto con la reorientación de los créditos, la asistencia técnica, la mercadotecnia y el transporte, para facilitar la producción de alimentos para el consumo masivo a precios accesibles, a la vez que proporcione un ingreso adecuado para los productores rurales. Cualesquiera sean los patrones particulares de propiedad –y hay demasiadas variables para proporcionar cartabones generales– la reforma agraria debe incluir complejos agroindustriales y empleo relacionado con la generación de otros puestos de trabajo. De ahí que la producción de “insumos” y el procesamiento industrial se conviertan en parte de la transformación agraria. La experiencia práctica, más las lecciones negativas de la ex URSS nos enseñan que la estructura de la agricultura requiere una organización descentralizada en la que los productores directos hagan decisiones básicas en consulta con los asesores técnicos en el contexto de intercambios que integren regiones, sectores y clases entre sí.

La transición de una estrategia de exportación imperial globalizada hacia una economía nacional integrada requiere la vinculación de las regiones, la producción y el consumo en un todo unificado, recreando a la nación de manera sustantiva y reorientando al Estado para que se distancie de las aspiraciones imperiales o globalistas de las elites de exportación y financieras.

El papel del Estado en la construcción del socialismo

Una precondition necesaria de la transformación socialista es un cambio político fundamental en la naturaleza del Estado. Al contrario de lo afirmado por las fabulaciones irreflexivas de los teóricos globalistas en sus versiones

tanto de derecha como de izquierda, el Estado ha desempeñado un papel notable en la formulación de las estrategias de globalización, distribuyendo recursos económicos a “actores globales”, rescatando a los perdedores de la elite y reforzando la vigilancia de las víctimas globalistas y de los opositores. Argumentar que el Estado se ha debilitado es identificar erróneamente al Estado con el Estado de bienestar; es confundir los pronunciamientos apologéticos de los ideólogos globalistas que se lamentan de su impotencia al enfrentarse con “presiones globalistas”, con la realidad de su activa colaboración a través de las instituciones del Estado.

El Estado y la nación se convierten en las unidades centrales para reconstruir un nuevo orden socialista internacionalista. Los movimientos populares de la sociedad civil están en conflicto básico con las clases gobernantes, de la misma sociedad civil, respecto a quién controla el Estado y la naturaleza del proyecto económico. Una vez más, los ideólogos que pertenecieron a la izquierda desorientan al movimiento popular señalando los conflictos entre “el Estado” y la “sociedad civil”, en vez de examinar cómo se da la explotación más descarada y cruel dentro de la sociedad civil entre los terratenientes, los banqueros y los financieros, por un lado, y los campesinos sin tierra, los pequeños productores endeudados y los trabajadores desempleados, por el otro. Permítasenos así ir más allá de la pose intelectual de los arrepentidos que estuvieron en la izquierda, que buscan ganar puntos de parte de sus nuevos patrones, hacia las medidas que mueven al movimiento popular del poder político, a una transformación socialista.

En este sentido, podemos aprender de las estrategias de transición generadas antes por los globalistas neoliberales. Es clave para la implantación de la nueva economía socialista la puesta en práctica inmediata de la terapia de choque para las clases gobernantes. Las ganancias deben reducirse drásticamente, las cuentas bancarias y los valores financieros deben ser intervenidos y congelados; los pagos al extranjero deben suspenderse y debe declararse una moratoria a los pagos de la deuda. La terapia de choque tiene valor político y económico: políticamente desorganiza y desorienta a la clase gobernante; económicamente evita el acaparamiento, la fuga de capital y el que se provoque hiperinflación. De manera más importante, implica una fuerte intervención estatal para reestructurar la economía y reconfigurar los presupuestos e instituciones del Estado. El propósito es abrir la economía para la producción interna, ofrecer crédito e inversión para expandir la producción y los intercambios en los ámbitos nacional, regional y local. Es predecible que la terapia de choque avivara protestas y gritos de injusticia y arbitrariedad.

Pero la acción rápida y resuelta en el seguimiento de la terapia de choque, con nuevas inversiones y créditos sustantivos hacia el mercado interno, pueden generar apoyo más que suficiente para sostener al régimen.

La terapia de choque, aplicada racionalmente, significa renegociaciones con los patrones y socios globalistas previos, no el repudio. No significa la ruptura sino un reordenamiento de las prioridades y relaciones para favorecer a las nuevas fuerzas del mercado interno.

La segunda fase de la transición implica la reconversión económica: el cambio de la hiperespecialización, en mercancías específicas y la limitada actividad en el ciclo de la producción industrial (plantas de ensamblaje), a la producción diversificada, un mejor equilibrio entre el consumo local y la producción para la exportación, y una mayor inversión en educación, investigación, salud y productividad.

La reconversión económica requiere un cambio en la política de inversión, empleo e ingreso. Esto significa la puesta en práctica de un programa de ajuste estructural desde abajo. Esencialmente esto conlleva la redistribución de la tierra, el ingreso y los créditos. La ruptura de los monopolios privados y la reforma del sistema impositivo, evaluaciones realistas basadas en los valores de mercado de la propiedad, una aplicación rigurosa del cobro de impuestos (con sanciones severas para la evasión crónica), la protección de las industrias emergentes y la apertura del comercio para las mercancías que no compiten con los productores locales. Los controles financieros eliminarán la actividad especulativa y la planeación del Estado puede redirigir las inversiones hacia la formación del capital humano, las obras públicas que generen empleo y la producción interregional.

Para evitar la inflación y estabilizar la economía, será necesario poner en práctica una estrecha política monetaria. El monetarismo desde abajo significa la eliminación de los rescates estatales de deudas, de miles de millones de dólares, debidas a una administración inadecuada, fraudes o especulación de parte del sector privado; la eliminación de los préstamos de bajos intereses (subsidiados) y los créditos baratos a los exportadores; la eliminación de la condonación de impuestos para las corporaciones multinacionales en las llamadas zonas de libre comercio. Las ganancias en los rendimientos y ahorros del Estado pueden financiar una actividad socioeconómica alternativa sin recurrir a la impresión de billetes.

Hay diferencias significativas entre un programa socialista y uno neoliberal de ajuste estructural. La socialización (de los medios de producción) reemplazará la privatización como una clave para incrementar las eficiencias, la competitividad y la productividad. La socialización incluiría la extensión de las redes

de transporte y comunicación para ampliar los intercambios interregionales, revitalizando así las empresas, los mercados, las unidades y los agentes de producción de provincia. Esto significa que cualquier análisis de “costo-beneficio” estaría basado en las medidas nacionales o regionales, en vez de los estrechos reportes de saldos de una empresa particular. Por ejemplo, el servicio de tren a las áreas rurales puede resultar en “pérdidas” para el ferrocarril, pero un incremento en la producción y en el consumo en la economía regional. El producto neto, calculado sobre la base de unidades más grandes en el tiempo, proporciona una idea clara y un criterio más apropiado (socialista) para medir la efectividad en los costos. De la misma manera, las inversiones públicas que emplean a los desempleados e incrementan la producción de cero hacia arriba son otra medida de utilización eficiente del capital humano. En términos de la competitividad, es claro que lo determinante –un punto elemental y básico– es el reconocimiento que tiene que ver con alimentar a la gente. Las empresas socializadas que producen comida básica son mucho más competitivas para responder a las necesidades esenciales que sus contrapartes en el modelo de exportación que las ignora. En este contexto, de cubrir las necesidades básicas de alimentación, la producción socializada responde de manera más cabal a las demandas populares y tiene más capacidad –y disposición, en este sentido– para responder a esta “demanda del mercado”.

La socialización de las empresas económicas es necesaria pero no suficiente para crear una economía socialista viable. Lo que se requiere es un plan de reconversión industrial y “transformación productiva”, para usar el lenguaje de la CEPAL, con “equidad” –una distribución justa y socialmente correcta de los frutos del desarrollo. Aunque si bien es cierto que la CEPAL convoca a un modelo de desarrollo de este género, por otro lado ese organismo es incapaz de diseñar o conducirlo adecuadamente debido a su compromiso con el capitalismo y su institucionalidad (la propiedad privada de los medios de producción, los mercados, el trabajo asalariado...). Cualesquiera resultados relacionados con la producción o la distribución de beneficios y costos deberá basarse en la participación popular y no en el poder impersonal de decisión de burócratas corporativos o de intereses creados. Entre otras cosas, esto significa cerrar o reconvertir las empresas de producción e importación suntuarias y sustituirlas por empresas que produzcan bienes de calidad para el consumo local masivo. Esto requiere que la población trabajadora, y consumidora en general, juegue un papel vital en el proceso de toma de decisiones para evitar los productos de baja calidad que se daba en los estados ex comunistas.

La conversión industrial –la transformación productiva con equidad– requiere también un equilibrio entre producción interna y externa: las ganan-

cias de exportación continuarán siendo importantes para financiar insumos vitales para el modelo de crecimiento interno dinámico. Lo que es crucial en esta relación es la reinversión de las ganancias de la exportación en el desarrollo del mercado interno, no su transferencia al extranjero o hacia la actividad especulativa, como es el caso en la actualidad.

Para el modelo de ajuste estructural desde abajo es crucial la modernización del Estado. El Estado en el modelo de exportación está en gran parte conformado por reguladores que establecen reglas y distribuyen los recursos para satisfacer a los inversionistas y comerciantes del extranjero, tomando de los recursos nacionales y proporcionando poca información a los productores locales acerca del proceso de toma de decisiones. Este proceso de elite está plagado de corrupción, como se hace evidente en los escándalos ocasionados por los rescates y la privatización.

Rechazar el modelo neoliberal no implica un regreso hacia el Estado burocrático centralizado que sofocó a la democracia popular, bloqueó las iniciativas innovadoras y produjo burdas ineficiencias. La modernización del Estado significa la descentralización de la administración de los bienes del Estado y su redistribución a los destinatarios locales de la sociedad civil de modo que decidan acerca de sus prioridades. Implica retirar a los que tienen cargos políticos de las funciones burocráticas inútiles para situarlos en el trabajo productivo. La reforma del Estado significa la relocalización de los trabajadores de la salud a los barrios, los agrónomos al campo y los maestros a las sobrepobladas escuelas urbanas populares.

El socialismo significa equilibrar el consumo con la producción: los derechos de los trabajadores con las obligaciones de aumentar la productividad y observar disciplina del lugar de trabajo; significa que la clase trabajadora, los consumidores, las mujeres y las minorías étnicas sean incluidas en las decisiones de producción y consumo.

Los consumidores y ciudadanos deben jugar un papel clave para dirigir el Estado y las instituciones económicas, de modo que eviten otra “dictadura sobre el proletariado” o una sobreabundancia de bienes de consumo baratos o innecesarios.

Probablemente la característica más básica y novedosa del nuevo socialismo será el papel clave que los trabajadores, consumidores y ecologistas jugarán en la revisión, evaluación, contrato y despido de los administradores. Evitar una burocracia privilegiada en las empresas públicas descansa en un papel activo de productores directos y consumidores, para la toma de decisiones fundamentales. De ahí que bajo el nuevo socialismo la autoadministración

en los ámbitos del Estado, regional y local, sea la alternativa a la elite privada exportadora de la economía globalizada y a los burócratas del pasado.

El papel clave de los productores directos implica también responsabilidades, un reconocimiento de que en la transición algunos trabajadores pueden todavía retener “hábitos y prácticas” de trabajo que resulten dañinos para la producción y la creación de bienes de calidad. El empleo garantizado de por vida no es viable: las evaluaciones periódicas por parte de los compañeros sobre la calidad y cantidad de servicios deben ser la norma. Quienes de manera crónica no cumplan con los estándares, deben ser despedidos; los burócratas abusivos llamados a cuentas; los administradores y los trabajadores de los servicios públicos deben ser responsabilizados por las dilaciones inaceptables. La organización local, descentralizada, permite a los amigos, vecinos y ciudadanos tomar las decisiones en sus propias manos para proveer electricidad, reparar líneas de teléfono, etcétera. Los maestros ausentistas deben recibir “salarios de ausentismo” y responder a los padres, estudiantes y demás. Los profesores que reciclen sus conferencias en envejecidas tarjetas de notas deben ser evaluados y se les debe aconsejar que mejoren sus cursos o enfrenten el despido.

El nuevo socialismo está basado en el control ejercido por los trabajadores sobre sus centros de trabajo, y por las personas sobre sus comunidades; es decir, control sobre las condiciones y decisiones importantes que afectan sus vidas. Significa el fin de un discurso doble y deshonesto. Significa que los estilos personales de vida deben ir de acuerdo con el discurso público. Los intelectuales no pueden criticar al neoliberalismo y luego comprometerse en el consumo frenético de bienes de consumo importados –el consumismo “avanzado” que apoya el proceso de acumulación de capital. No se puede predicar una igualdad que se detenga en el vano de la puerta del hogar cuando se practica una política autoritaria (patriarcal) en la familia. El nuevo socialismo reconoce la complejidad de las contradicciones en la transición, sobre todo la necesidad de democratizar las relaciones de género, de etnia y de raza, y la necesidad de comprometer esas luchas en tanto elementos clave en la transición del globalismo a un nuevo socialismo.

Consolidación de la transición: la política de un régimen posimperialista

El surgimiento de una sociedad socialista y cooperativa libre no puede derivarse de un modelo o visión preconcebidos. Involucrará una mezcla de intentos conscientes y de contingencias basadas en el comportamiento, la actitud y el

desempeño económico y político de actores sociales clave y clases. Por ejemplo, la transición podría comenzar con un modelo de coparticipación entre el capital y el trabajo, pero bajo circunstancias de desinversión evolucionar de un sistema de control de los trabajadores a un proceso de expropiación y reestructuración y, en última instancia, una forma de autogestión. A la vez, un sistema descentralizado de autogestión podría ser modificado al grado de que las prioridades sociales nacionales sean incluidas o rechazadas y que el autoenriquecimiento —que conduce a nuevas desigualdades— informe sobre las decisiones de los autogestores. La intervención selectiva del Estado, en la forma de impuestos y políticas redistributivas, podría legislarse para evitar el desarrollo de burdas desigualdades regionales y sectoriales.

Mientras que el nuevo régimen socialista podría proporcionar un amplio margen en las formas de propiedad, ciertos sectores estratégicos como el bancario, el comercio exterior, las telecomunicaciones, los recursos naturales, el transporte, la infraestructura, la atención a la salud, deberían ser propiedad pública bajo supervisión popular. El sector público combinaría el espíritu empresarial con el rendimiento popular de cuentas. La antigua y estrecha forma de empresa orientada a la ganancia se reestructuraría para hacer que la innovación, la administración y la investigación respondieran más a crear capacidades nacionales. Se introducirían nuevos estilos de administración flexible, adaptándolos a los trabajadores, a la familia, al ambiente y a las necesidades del consumidor. Las TI habrían de proporcionar flujos de matrices programáticas para facilitar el nuevo estilo de administración. Una de las áreas clave para el nuevo liderazgo es el problema de la corrupción política y las ganancias ilícitas. Los sobrepagos por las firmas privatizadas requerirían controles de precios sobre las mercancías básicas como productos farmacéuticos, agua, granos básicos, transporte, etcétera. Esto puede combinarse con precios libres en los bienes de lujo —sujetos a fuertes tasas arancelarias e impuestos personales de propiedad. El nuevo régimen habría de investigar y expropiar los bienes logrados con riqueza ilegalmente transferida a cuentas en el extranjero; deberá expropiar los activos internos y las propiedades en el extranjero de los capitalistas de la droga, la prostitución y el contrabando, y de sus cómplices financieros.

El control sobre el Estado requiere el despido o arresto de los altos funcionarios corruptos o de aquellos cuyos actos perjudiquen a las clases populares, como ocurre con la represión que ocasiona muertes. Esto implicaría la creación de nuevas instituciones militares, judiciales y de un banco central. Una nueva estructura del Estado habría de formarse de manera que sea compatible con un régimen y una economía democráticos y socialistas. Una

nueva política de seguridad nacional tendría que elaborarse para garantizar la seguridad de los ciudadanos y las naciones respecto a la intervención y la subversión imperiales. Esto requeriría la organización popular al igual que nuevos códigos legales que impidieran el financiamiento imperial y la promoción de candidatos clientelares.

Las asambleas locales y regionales –al estilo del estado de Rio Grande do Sul, al sur de Brasil– deben debatir y resolver las distribuciones presupuestales para los proyectos sociales, económicos y culturales.

Las asambleas anuales en el lugar de trabajo habrán de reunirse para debatir y decidir nuevos proyectos de inversión al igual que las prioridades de la empresa y de la comunidad local en consulta con grupos de la comunidad. Deben elegirse comités, del mismo lugar de trabajo, para supervisar la producción en asociación con comités de ingeniería, mercadotecnia y administración, con una base de representación de 50/50. Las políticas económicas a corto plazo deben dirigirse hacia la suspensión de relaciones de comercio exterior mientras se avanza, tan rápido como sea posible, hacia la diversificación de los mercados, la revisión de las exportaciones y acreedores, a la par de la profundización del mercado interno. Requerirá ponerse en práctica una moratoria a los pagos de la deuda, y se repudiarán los préstamos a los políticos corruptos y los préstamos privados por parte de las empresas dirigidos a propósitos no productivos. Los pagos habrán de ser renegociados y pospuestos hasta que la economía se estabilice. Cualesquiera medidas punitivas o abiertamente hostiles políticamente de parte de los prestamistas puede conducir al repudio a la deuda. Se cerrarán los caminos a la recuperación de impuestos por las empresas, y la transferencia de precios por las corporaciones será castigada. Sectores estratégicos de la economía serán socializados y pagados con bonos a largo plazo mediante pagos diferidos con el objeto de recapitalizar y modernizar las empresas. La capacidad económica del Estado se modernizaría para incrementar su conocimiento y capacidad administrativa empresarial y para aumentar su eficiencia y detectar la evasión de impuestos y regular las condiciones de trabajo y de salud ocupacional. La producción para la sustitución de importaciones se profundizará y será acompañada de la educación continua en la solidaridad política y la innovación tecnológica. Los mercados internos son, particularmente, una prioridad esencial en el proceso de construcción de la nación.

Las políticas del imperialismo y del mercado libre han desarticulado la economía campesina y llevado a la quiebra a la industria provinciana en países como Argentina, lo cual ha provocado el despoblamiento del interior. Para el imperialismo, la “nación” es los enclaves urbanos y mineros, junto con los

centros administrativos que salvaguardan la agenda del libre mercado y promueven las apropiaciones extranjeras. La nación, como una entidad política y geográfica, es una formalidad vacía. La tarea de un régimen socialista será recrear la nación al reconstruir los mercados y las unidades productivas del interior de los países a través del crédito, redes de transporte público que vinculen sectores productivos complementarios de las provincias y la infraestructura social.

La seguridad nacional implica consolidar la construcción de la nación y de la base social popular del régimen. Aumentar el nivel de nutrición de la población requiere un compromiso importante para invertir en la autosuficiencia alimentaria. Esto requeriría la promoción de productores locales a través de cooperativas de productores al igual que empresas familiares. La producción local de bienes de consumo populares tiene un efecto multiplicador que conduce a una reproducción extensa y a un mercado interno dinámico.

La eficiencia de la producción, distribución, transportación, telecomunicaciones socializadas y las TI habrá de ser medida por el grado en el cual estimule el crecimiento del ingreso, los estándares de producción y de vida para la economía social; los insumos estatales de bajo costo pueden resultar en déficit empresariales pero en superávit sociales, en términos de estándares generales de vida y en la expansión de las redes productivas de las economías de provincia. Un cálculo de las ganancias sociales es la medida más adecuada de la eficiencia de una economía socialista o socializada.

Conclusión

Al entender sus limitaciones históricas y estructurales, y subrayar su ideología de clase, es posible escapar a la tiranía del globalismo. Las alternativas no son utopías sin fundamento que son “imaginadas” por individuos sentados frente a sus computadoras, recorriendo la Internet y explorando el ciberespacio. Las alternativas surgen de las experiencias pasadas y presentes, y de las oportunidades que se generan a partir de las fallas y crisis del “nuevo modelo económico”. La construcción de una alternativa socialista implicará una larga y dura lucha, y requerirá la acción colectiva concertada de los grupos más diversos de la sociedad, además de la movilización de sus fuerzas de oposición y resistencia.

Al centrarnos en las relaciones sociales y en el Estado como las piezas clave de los imperios globales podemos escapar de la prisión del pensamiento globalista y entrar en el ámbito de la acción política y social. La inversión de las políticas de los ideólogos globalistas conduce a la formulación de una estrategia alternativa en la que la movilización social y el poder del Estado

aportan un nuevo contenido de clase a los tratamientos de choque, las reconversiones industriales y los ajustes estructurales del modelo neoliberal. El nuevo socialismo aprende no sólo de sus adversarios capitalistas cómo voltear el tablero, sino que también aprende de los errores del antiguo socialismo. Es más inclusivo, llevando a todos los sectores de la sociedad a un proyecto colectivo de desarrollo económico y social que es a la vez equitativo y sustentable. Poseerá una mayor sensibilidad a las nociones de libertad en el lugar de trabajo y en el campo. Tendrá una mayor apreciación del discurso consecuente que integra los valores personales y la práctica pública.

La dinámica de la globalización en Asia, la ex URSS, África y América Latina está creando tremendos sufrimientos, pero también ha proporcionado una oportunidad histórica para trascender el capitalismo. Sería una falta de valentía, de proporciones históricas, conformarse con menos de una nueva sociedad socialista, una nueva nación como un todo integral, una nueva cultura de participación –y no de expectación– y un nuevo internacionalismo entre iguales.